

Lo carnavalesco en *El Quijote* de Cervantes: una ilustración con el capítulo XX de la Primera Parte



Dra. Amélie Adde

Augustin Redondo, en su magistral obra *Otra manera de leer El Quijote*¹, insistió más que otros críticos en el alcance carnavalesco de Sancho Panza, debido a su tradición popular. Y en efecto, no cabe duda de que Sancho tenga raíces folclóricas, y en especial las carnavalescas. Como ya se sabe, la misma pareja antitética ideada por Cervantes es de tipo carnavalesco, representando Sancho el Carnaval y don Quijote la Cuaresma. Augustin Redondo señala cómo estos rasgos carnavalescos en Sancho Panza se manifiestan especialmente en la ínsula Barataria. Lo carnavalesco, al igual que lo caballeresco, sirve de trasfondo a la novela. Lo creemos omnipresente, y no sólo encarnado por Sancho Panza². Funciona como antítesis de lo caballeresco, conviviendo y contraponiéndose así dos mundos que en apariencia no tienen nada que ver uno con otro. Y sin embargo, Cervantes borra las fronteras para hacer que se interpenetren estos espacios. De ahí que la no tan sencilla discrepancia entre los dos protagonistas. Pero eso era de esperar: con Cervantes, nada es de una sola pieza.

Citamos a continuación el texto que nos proponemos analizar, sacado del capítulo XX de la Primera Parte. Esperamos que el lector nos perdone la largura de la cita. Es indispensable para entender el funcionamiento interno del fragmento.

Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y, por lo menos, cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna; antes, disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y, habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba

¹ Augustin Redondo, *Otra manera de leer El Quijote*, Madrid, Castalia, 1998.

² Augustin Redondo recuerda la semejanza que existe entre el santo panza al que alude Sancho de Muñón en su *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* (1542). Véase A. Redondo, *op. cit.*, p.196.

un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas, estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba.

Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y, sosegándole don Quijote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido. Y eran -si no lo has, ¡oh lector!, por pesadumbre y enojo- seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote a Sancho, y vio que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que, a la vista de Sancho, pudiese dejar de reírse; y, como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa con el mismo ímpetu que primero; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fisga:

-«Has de saber, ¡oh Sancho amigo!, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos...»

Y por aquí fue repitiendo todas o las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales que, si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

-Sosiéguese vuestra merced; que, por Dios, que me burlo.

-Pues, porque os burláis, no me burlo yo -respondió don Quijote-. Venid acá, señor alegre: ¿paréceos a vos que, si como éstos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa ? ¿ Estoy yo obligado, a dicha, siendo, como soy, caballero, a conocer y distinguir los sonos y saber cuáles son de batán o no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos a las barbas uno a uno, o todos juntos, y, cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

-No haya más, señor mío -replicó Sancho-, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz (así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado ésta), ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve; que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

-No niego yo -respondió don Quijote- que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse; que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.

-A lo menos -respondió Sancho-, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome a la cabeza, y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá en la colada; que yo he oído decir: "Ése te quiere bien, que te hace llorar"; y más, que suelen los principales señores, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle luego unas calzas; aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas o reinos en tierra firme.

-Tal podría correr el dado -dijo don Quijote- que todo lo que dices viniese a ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la ínsula Firme; y se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*. Pues, ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a

escudero. Así que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque, de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario, a lo menos, no se ha de perder, como ya os he dicho.

-Está bien cuanto vuestra merced dice -dijo Sancho-, pero quería yo saber, por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses, o por días, como peones de albañir.

-No creo yo -respondió don Quijote- que jamás los tales escuderos estuvieron a salario, sino a merced. Y si yo ahora te le he señalado a ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que podía suceder; que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no quería que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

-Así es verdad -dijo Sancho-, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas, bien puede estar seguro que, de aquí adelante, no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle, como a mi amo y señor natural.

-Desa manera -replicó don Quijote-, vivirás sobre la haz de la tierra; porque, después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

Estamos en la segunda salida de don Quijote, acompañado de Sancho. El título del capítulo XX es de los más enfáticos de la novela: “De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha”, lo cual resulta, además de muy prometedor, anunciador del género de aventura que va a descubrir el lector: dominan en ella las emociones e impresiones causadas por unos elementos visuales y sonoros. En el capítulo anterior, los protagonistas se encontraron de noche con unos encamisados a los que hicieron huir. Con esta “aventura”, que no supuso ningún esfuerzo físico por parte del caballero, van más seguros de sí el caballero y su escudero. Sin embargo, estando en un campo oscuro, sedientos, oyen un ruido de agua que les alegra:

mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua...

Esta sucesión de ruidos, al principio del capítulo XX, prepara la continuación. Siendo de noche, son los elementos sonoros los que provocan tales emociones, agudizadas por la oscuridad. Con todo, deciden pararse en este lugar para pasar la noche. Con semejante pausa en el relato de la “jamás vista ni oída aventura”, ya que Sancho aprovecha la ocasión para contarle un cuento pastoril a su amo, a petición de éste, se desmiente el mismo título del capítulo. A la mañana siguiente transcurre pues la escena que transcribimos.

Ésta se caracteriza por tres secuencias bien diferenciadas: una primera llega a “aquel estruendo formaban” : se trata de la narración de los hechos, en este caso concreto de un ruido oído por los dos protagonistas que son don Quijote y Sancho Panza. Una segunda parte de

“Cuando don Quijote vio lo que era” para finalizar con “ni sabe qué es temor ni espanto” : está claramente dominada por Sancho Panza y veremos que lo que la caracteriza es la tonalidad cómica. La tercera la compone el final de este fragmento, a partir de “-No niego yo -respondió don Quijote- que...”, y la domina esta vez don Quijote.

Es de observar que entre estas tres partes, las dos últimas se componen de diálogos, y ocupan más o menos el mismo espacio textual: se establece pues un equilibrio entre ambos personajes. De entrada, esto puede ser interpretado como una equivalencia entre el personaje de Sancho Panza y el de don Quijote.

Analizaremos el texto de forma lineal, en su progresión lógica, precisamente para entenderla mejor, y empezaremos pues por la parte narrativa.

Ésa puede descomponerse a su vez en cuatro momentos: un primero formado por el primer párrafo, y que tiene un valor introductivo. En él se observa la mención al primer autor (“el autor desta historia”), lo cual crea un efecto de *mise en abyme*, y, dentro de la poética de la novela de Cervantes, anuncia un acontecimiento maravilloso. En efecto, cada vez que la aventura resulta discutible desde el punto de vista de la verosimilitud, Cervantes procura ponerla a cargo del autor, convirtiendo el narrador de *El Quijote* en simple transmisor de la novela original. Como bien muestra E. Riley:

La diferencia que existe entre el uso que hace [Cervantes] de lo extraordinario y el que se hacía en los libros de caballerías condenados por él equivale a la diferencia entre la fantasía controlada y la incontrolada.³

El crítico continúa recordando acertadamente que: “Cuidadosamente, Cervantes confía a algunos intermediarios la narración de las manifestaciones más exageradas de lo maravilloso.”⁴ Este recurso, lo utiliza en *El Quijote* y sistemáticamente en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. El recordar la presencia de otro autor tiene como función delegar la responsabilidad de la narración a éste. El lector, que bien conoce este frecuente recurso cervantino, se dispone pues a leer una aventura fuera de lo común, posiblemente inverosímil, como es el caso cuando Cervantes se vale de este recurso. Se observará la ironía con la que el narrador dice que el autor relacionó las lágrimas con la honra de Sancho Panza.

Un segundo momento de esta secuencia narrativa lo compone el segundo párrafo que plantea el decorado, de tipo bucólico y pastoril (“aquellos castaños y árboles sombríos”, “un pradecillo”), y presenta los hechos. Se observarán los superlativos hiperbólicos (“grandísimo

³ Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus, 1971, p.281.

⁴ Edward C. Riley, *Teoría*, p.297.

golpe de agua”) que preparan a la inverosimilitud del acontecimiento. Además, se observará un contraste entre lo que connota lo pastoril (con el tópico el *locus amoenus*) y el carácter temible del ruido (“estruendo de aquel golpear”).

Una tercera secuencia, en el tercer párrafo, describe las reacciones de los dos protagonistas, o hasta de tres, pues también se describe la reacción de Rocinante. Llama la atención el contraste que afecta a don Quijote (“encomendándose de todo corazón a su señora”) y a Sancho Panza, manteniendo aquel una actitud digna del caballero (pese al miedo de Rocinante, cosa que ha de llamar la atención de cualquier conocedor de la literatura caballeresca, en la que el valor del caballero se refleja en el de su caballo), y éste una actitud francamente ridícula y de fuerte impronta carnavalesca (“el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante”). Sin embargo, se notará la ironía del narrador acerca de don Quijote, quien no deja de encomendarse también a Dios “de camino”, como si supiera que el encomendarse a Dulcinea posiblemente no fuese suficiente. De forma que, implícitamente, se quebranta el código caballeresco. Este elemento es suficiente para dudar por una parte de la fe de don Quijote en lo inquebrantable del ideal caballeresco, y por otra parte de su misma locura, ya que el ponérsete en duda es precisamente un acto de lucidez.

Por último, el cuarto párrafo de esta parte narrativa da la explicación racional de los hechos (“seis mazos de batán”), no sin antes haber acrecentado la impresión terrible que causó el ruido : “aquel horrisono”, “espantable ruido”. De hecho, el narrador toma claramente sus distancias para con los protagonistas, con la mención de “para ellos”. Contrastan aquí, más fuertemente, el carácter racional de la explicación (la precisión numérica de los pasos dados, el número de los mazos de batán) con el miedo, hasta terror provocado por el ruido.

Esta primera parte del texto, que tan apasionante y maravillosa aventura anunciaba por el recurso de la *mise en abyme* cuenta en definitiva un hecho muy común en el campo castellano de aquella época, ya que la máquina agrícola evocada no dejaba de ocupar toda la meseta. De manera que Cervantes, al fin y al cabo, traicionó a su lector prometiéndole aventuras que no resultan ser sino un mero acontecimiento, ni siquiera acontecimiento, de la vida rural absolutamente ordinaria. Pero también podríamos decir que Cervantes llega a parodiarse a sí mismo, valiéndose de un recurso cuya función es aquí traicionada. El juego literario es aquí evidente.

Sancho Panza, lo hemos dicho, domina la segunda parte. Este mismo hecho ha de llamarnos la atención ya que, de dominado que es como criado, Sancho pasa a ser dominador. Se produce pues una inversión del mundo que bien recuerda el mundo carnavalesco. Y éste se

vuelve a encontrar en otro aspecto que caracteriza este segundo movimiento. También conviene comentar una frase caracterizada por un paralelismo, que anuncia lo que dijimos antes acerca del equilibrio que se establece entre la segunda y la tercera parte: “Miróle Sancho, y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote a Sancho, y vio que...” La frase estructurada en un juego de paralelismo “miró/vio” enunciado dos veces, y en un quiasmo (“miróle-vio”/“vio-miró”), crea una evidente simetría entre ambos personajes. Esta simetría caracteriza claramente la relación que mantienen los dos protagonistas.

Éste se caracteriza en efecto por la burla y la risa. Este campo semántico está muy presente a lo largo de todo este segundo movimiento. Pero conviene observar que se produce una progresión en este campo: de la risa franca, grotesca, carnavalesca (“boca llena de risa” que manifiesta la concreción de una risa sin frenos, “querer reventar con ella” “apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo” risa escatológica del carnaval, “reírse”, “su risa”, “por modo de fisga” “hacia burla dél”, “sus burlas”, “me burlo”, “os burláis”, “la burla” que manifiestan una tonalidad menor, ya que llegamos a la burla), pasamos progresivamente a... la sonrisa “algo risueño”. Con esta evolución de la risa carnavalesca y sin freno hacia la sonrisa, notamos pues la “quijotización” de Sancho, quien de grotesco pasa a ser fino.

Pero ahí no termina el proceso de inversión. En este fragmento en el que Sancho se burla de su amo, repitiendo sus mismas palabras (“ «Has de saber, ¡oh Sancho amigo!, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquél para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos...»”), se produce una contaminación de don Quijote por Sancho. Es más. Citemos exactamente las palabras de su amo:

- Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suelo llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos.”

Las palabras de don Quijote en boca de Sancho resultan un tanto diferentes. Éste, como se ve, las tiene interiorizadas, y al repetirlas, añade un arcaísmo: de “hechos” puesto en boca del caballero, pasamos a “fechos” en boca del escudero. Se ha producido una quijotización de Sancho. Pero, al mismo tiempo, el que estas palabras sean enunciadas por Sancho produce otro efecto: parecen degradadas. De ahí que la figura del amo, al mismo tiempo, quede degradada, o “sancheizada” a su vez, mediante esta burla.

Además, más adelante, don Quijote, para castigar a su escudero, le apalea, acción típica de las obras carnalescas. La reacción del hidalgo ha de inscribirse pues en un marco carnalesco, antagónico del mundo caballeresco. Nada más antitético en efecto que el ideal caballeresco y la escatología, lo bajo, en términos de Bajtín, que conforman el carnaval. La inversión del mundo es evidente. Podemos hablar de una “sancheización” de don Quijote: un caballero no hubiera reaccionado de esta forma.

Es más: al apalear a su criado, don Quijote adopta la actitud de los criados en las obras carnalescas. De suerte que no sólo asistimos a una primera inversión del mundo (por una parte, Sancho burlándose de su amo, caricaturando y degradando las palabras de éste, por otra, don Quijote, para castigarlo apaleando a su criado), sino a otra, en un segundo nivel de ficción. En la ficción carnalesca en efecto el criado es quien apalea a su amo. Aquí, es el amo quien apalea a su escudero. A la inversa, en la ficción carnalesca, el amo es el apaleado, cuando aquí es Sancho. Este hecho, que fuera de la ficción carnalesca podría resultar lógico, adquiere en este preciso contexto, el de la ficción carnalesca que está llevando Sancho, el significado de inversión del mundo. Pero no se trata de una inversión del mundo “a secas”, sino de una inversión del mundo carnalesco. Cervantes llega pues a crear una *mise en abyme* en la misma ficción carnalesca orquestada por Sancho.

La parte dominada por Sancho termina con la frase siguiente: “¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar..?”, una frase que evoca claramente el mundo de Sancho por una parte, el de la risa carnalesca, y el mundo de don Quijote, aquel del “contar”, el de la literatura. Y de hecho, esta frase viene repetida más o menos con las mismas palabras por don Quijote: “no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse”. Después del reír, viene el contar. Con esta repetición, que crea otra simetría y otro paralelismo, se articulan la segunda y la tercera parte. De hecho, bien muestra este recurso lo unidas que van ambas parte, al igual que los protagonistas que dominan sendas secuencias. Empieza pues el movimiento del texto dominado por don Quijote. Con este verbo “contar” irrumpe ahora el mundo de don Quijote, el de la literatura. Y si antes Sancho dominaba a su amo por su saber carnalesco y agrícola, rústico, ahora domina don Quijote gracias a su conocimiento de la literatura caballeresca. De dominante que fue Sancho en el movimiento anterior, pasa ahora a ser dominado, pero, debido a esa simetría que ya notamos, no dejará de “quijotizarse”, al igual que don Quijote se “sancheizó”.

Por cierto, al principio de esta tercera parte, nos llama la atención una intervención de Sancho quien hace coincidir el mundo carnalesco y el caballeresco: “si ya no es que los

caballeros andantes dan tras palos ínsulas o reinos en tierra firme” remitiendo “palos” al primero, y “caballeros andantes” (con la fórmula completa), “ínsulas” (justo después de “palos”, creando así un choque entre ambos mundos) y “reinos en tierra firme” al segundo. Pero precisamente, el pronunciar “ínsula” (palabra que reúne los fantasmas de poder de Sancho, espacio de todos los posibles), es evidente señal de ignorancia de su significado, un fallo que don Quijote aprovecha para asombrarle, lo cual le da nuevamente el poder al hidalgo.

De hecho, esta última parte viene caracterizada por las numerosas referencias literarias, más precisamente a personajes de libros de caballerías (“Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, conde fue de la ínsula Firme; y pues, ¿qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor...?”) que han de servir de modelo para ambos (“se lee dél que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*”). Éste es el código que han de aplicar el hidalgo y su escudero. Pero ésta es la ciencia también de don Quijote, quien sabe que se está dirigiendo a un analfabeto. Por cierto, don Quijote no deja de sacar las conclusiones por su criado, por si éste no le hubiera entendido claro: “De todo lo que he dicho has de inferir...”. Pero, hábil, el hidalgo menciona la recompensa que ha de sacar el criado de la aplicación de semejantes modelos caducos. Y sin embargo, la ambigüedad de su comentario no deja de llamar la atención: “Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegaren, el salario, a lo menos, no se ha de perder, como ya os he dicho”. En efecto, no es lo mismo hablar de “mercedes y beneficios”, vocablos que pertenecen a los libros de caballerías por una parte, y por otra de “salario”, palabra que tendrá muchas más resonancias en Sancho que las anteriores. De hecho, esta palabra ya la empleó en la segunda parte, la dominada por Sancho, elemento que le da perfecta coherencia a este texto. Está claro que el “salario” pertenece al mundo villano de Sancho, las “mercedes” al de la ficción caballerescas de don Quijote. La coincidencia en una misma frase hace convivir esos dos mundos, pero al mismo tiempo se contaminan mutuamente.

Es más: interesado por el asunto, Sancho pregunta por las modalidades de pago, haciendo verdaderas por lo tanto las ficciones caballerescas. Y esto contrasta con la presencia en la misma intervención del criado de la deformación lingüística que es “peones de albañir”, típica del habla rústica. De manera que en Sancho se mezclan los indicios de marcada rusticidad y la qui jotización al tomar a su cargo las ficciones caballerescas. No cabe duda que en este momento para Sancho, las ficciones caballerescas se identifican con la realidad. Cabría preguntarse si efectivamente es ésa señal de lucidez en el pobre villano. Bien se sabe que no.

Lo mismo le pasa a don Quijote, en su siguiente intervención: niega rotundamente la existencia de salarios en las ficciones caballerescas, pero admite la necesaria adaptación a su mundo contemporáneo por lo peligrosa que resulta la vida de caballero andante. Bien se percibe aquí la confusión o, mejor, la coincidencia que permanece entre el mundo de la ficción, y el de la realidad más pragmática, simbolizada aquí por el salario. A diferencia de Sancho, don Quijote, que sabe que posee la ciencia y el saber, admite esta coincidencia, como un argumento que le permita convencer a Sancho, o sea por pura argumentación manipuladora. Su poder es el del lenguaje.

El final de esta última parte bien aparece como una justa verbal entre ambos personajes: en efecto, al evocar de nuevo Sancho, astuto, el mazo de batán (su ciencia y su saber) recuerda irónicamente el miedo exagerado e inoportuno del caballero andante. De ahí que don Quijote tenga que poner en obra una estrategia discursiva que le permita tener la última palabra. Y la tendrá con esta frase: “porque, después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen” primero porque establece una relación de igualdad entre padres y amos, pero, y sobre todo porque el final de la frase, introducido por “como si” justifica la irrupción de cualquier ficción. El hacer “como si” es tomar a cargo la ficción, y en este caso, la ficción caballeresca. Este “como si” es la puerta abierta a la ficción en la que han de encaminarse los dos protagonistas. Don Quijote confiesa con esta frase, gracias a ese “como si”, que él mismo está creando su propia ficción, está asumiendo el papel del “creador de mundos posibles”⁵, característica de cualquier novelista, creador y actor a la vez.

Este fragmento bien representa la riqueza de la novela cervantina: el mundo de Sancho y el de don Quijote no se superponen, no sólo conviven, sino que van confundándose, entremezclándose. Símbolo de ello son los muchos contrastes, simetrías, paralelismos, que manifiestan la “sancheización” de don Quijote, y la “quijotización” de Sancho. Lo carnavalesco (fundamento de la misma novela por la constitución de la pareja antitética) coincide con lo caballeresco. Pero el distanciamiento que asume el narrador para con el primer supuesto autor (produciendo así un desdoblamiento y una *mise en abyme* de la narración) revela de entrada el constante distanciamiento de los mismos personajes para consigo mismos. La ambivalencia es la que caracteriza el conjunto de este fragmento y la totalidad de la obra.

⁵ Retomo la fórmula de José M^a Pozuelo Yvancos, *Poética de la ficción*, Madrid, Editorial Síntesis. Véase en particular su lectura del *Quijote*, pp.15-62.